
Grischa

Antón Chéjov

textos.info
biblioteca digital abierta

Texto núm. 4824

Título: Grischa

Autor: Antón Chéjov

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 27 de septiembre de 2020

Fecha de modificación: 27 de septiembre de 2020

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Grischa

Grischa, chiquitín de dos años y medio, rollizo y sonrosado, paséase con su niñera por la alameda. Lleva abrigo, gorra de pieles y bufanda; calza unas botas de goma que le llegan hasta las rodillas. Siente calor; los rayos calurosos del sol de abril le molestan los ojos.

Toda su pequeña y torpe figurita, andando tímidamente junto a su niñera, revela indecisión.

Hasta ahora Grischa no conocía más mundo que la habitación cuadrada en uno de cuyos rincones está su camita, mientras en el otro yace el baúl de la niñera; en el tercero, una silla, y en el cuarto cuelga una lámpara de aceite, donde flota una mariposa. Debajo de la cama se encuentran una muñeca sin brazos y un tambor.

Detrás del baúl hay gran variedad de objetos: carretes sin hilos, papeles, cajas rotas y un payaso. En este mundo, además de Grischa y de la niñera, aparecen frecuentemente mamá y la gata. Mamá se parece a una muñeca, y la gata, a la pelliza de papá, sólo que a la pelliza le faltan los ojos y el rabo. Del mundo que lleva el nombre de «cuarto del niño» ábrese una puerta que comunica con el espacio donde se come y se toma el te. Allí está la silla alta de Grischa y un reloj, el cual sirve para mover la péndola y hacer sonar una campanilla. Contiguo al comedor hay un aposento amueblado con butacas encarnadas. La alfombra ostenta una mancha sospechosa, por la cual le amenazan a Grischa con el dedo. Detrás de esta habitación hay todavía otra, cuyo ingreso es vedado a Grischa, en la que habita papá, personalidad harto vaga. La presencia de la niñera y de mamá se explica; ellas le visten, le dan de comer, le acuestan; pero la utilidad de

papá nadie la comprende. No olvidemos a otra persona enigmática, la tía, la que regaló a Grischa el tambor. Ella aparece y desaparece a voluntad.

¿Dónde se oculta? Grischa miró más de una vez debajo de la cama, detrás del baúl y del diván, pero en ninguna parte puede hallarla...

Existen en este nuevo mundo, hay tal cantidad de mamás, papás y tías, que no se sabe a cuál de ellas acudir. Pero lo más extraordinario son los caballos. Grischa mira sus pies que se mueven rápidamente, y mira a la niñera para que le explique este fenómeno; pero ella no dice esta boca es mía.

De repente óyese un fuerte pataleo, acércase a paso lento un destacamento de soldados; tienen caras amenazadoras y palos en las manos. Grischa, aterrorizado, levanta los ojos hacia la niñera para ver si el peligro es grande. Pero la niñera no corre ni llora. Esto quiere decir que no hay tal peligro. Grischa sigue a los soldados con los ojos y procura dar pasos lentos como ellos.

Dos grandes gatos atraviesan la alameda; tienen hocicos largos, llevan la lengua fuera y la cola levantada. Grischa cree que hay que seguirles y corre detrás de ellos.

—¡Para!—grita rudamente la niñera, cogiéndole por los hombros—. ¿Dónde vas? ¿Quién te ha permitido correr?

Pasan delante de una niñera que está sentada con un cestito lleno de naranjas. Grischa coge una y quiere seguir su camino.

—¿Qué haces?—exclama su compañera; le arranca la naranja y le da un golpe en las manos.

—¡Estúpido!

Ahora Grischa ve en el suelo un pedacito de cristal; lo cogería con gusto. El cristalito brilla como la mariposa. Pero lo deja por temor de que vuelvan a pegarle.

—¡Hola! ¿Qué tal?—dice de pronto una voz por encima de Grischa, y el niño ve un hombre alto con botones relucientes.

Con gran satisfacción suya ve que la niñera se para, le da la mano al hombre y se quedan conversando. La luz del Sol, el ruido de los coches, los caballos, los botones relucientes, todo es tan nuevo, extraordinario y hermoso, que Grischa está lleno de alegría y ríe.

—¡Vamos, vamos!—grita tirando al hombre alto por los faldones de su abrigo.

—¿Adonde?—le pregunta el hombre.

—¡Vamos!—insiste Grischa.

Quisiera decir que desearía coger de camino a mamá, papá y la gata; pero su lengua no lo sabe articular.

Al cabo de un rato la niñera se marcha de la alameda y entra en un gran patio lleno de nieve y obscuro. El hombre de los botones relucientes viene con ellos. Los tres atraviesan el patio y suben por una escalera negra. La puerta se abre y entran en un cuarto. Hay mucho humo; huele a guisado. Una mujer fríe algo en el hogar. La cocinera y la niñera se abrazan, se sientan en un banco y hablan con el hombre. Grischa, envuelto en su ropa de pieles, se sofoca de calor.

—¿Por qué será?—piensa, y mira el techo negro, el hogar, las paredes oscuras.

—¡Ma-a-má!—grita lloriqueando.

—¡Calla!—chilla la niñera.

La cocinera pone en la mesa una botella, tres copas y un gran pastel. Las dos mujeres y el hombre de los botones relucientes beben varias copas, brindan, cantan, y el hombre abraza una u otra de sus compañeras.

Grischa alarga la mano hacia el pastel y le dan un pedacito. Lo come, y sigue con los ojos a la niñera, que bebe... Tiene sed.

—¡Dame! ¡Dame!—le pide.

La cocinera le da un sorbo de su copa. Siente algo que le abrasa la boca; abre los ojos desmesuradamente, mueve los brazos. La cocinera le contempla, riéndose...

De regreso a su casa, Grischa le cuenta a mamá, a las paredes, a la cama, dónde ha estado y lo que ha visto. Habla más con las manos y la cara que con la lengua. Enseña cómo brilla el sol, cómo corren los caballos, qué hogar tan grande hay allí, qué temeroso está aquel cuarto y cómo bebe la cocinera...

De noche no puede dormir. Los soldados con sus palos, los grandes gatos, los caballos, el cesto de naranjas, el cristalito, los botones relucientes, todo baila delante de él y le atormenta. Se revuelve de un lado al otro, habla y, por fin, empieza a llorar.

—Tiene calentura—dice mamá tocándole la frente—; ¿de qué será?

—¡Hogar!—llora Grischa—. ¡Hogar, vete!

—Seguramente ha comido demasiado—declara mamá.

Y Grischa, rebosando de las impresiones de la vida nueva que acaba de conocer, recibe de mamá una cucharada llena de aceite de ricino.

Antón Chéjov



Antón Pávlovich Chéjov (en ruso: **Антон Павлович Чехов**, romanizado Pavlovič Čehov), (Taganrog, 17 de enero [calendario juliano] / 29 de enero de 1860 [calenarrio gregoriano] - Badenweiler, Baden-Wurtemberg (Imperio alemán), 2 de julio / 15 de julio de 1904) fue un médico, escritor y dramaturgo ruso. Encuadrable en la corriente más psicológica del realismo y el naturalismo, fue un maestro del relato corto, siendo

considerado como uno de los más importantes escritores de este género en la historia de la literatura. Como dramaturgo se enclava dentro del naturalismo, aunque con ciertos toques de simbolismo y escribió unas cuantas obras, de las cuales son las más conocidas La gaviota (1896), El tío Vania (1897), Las tres hermanas (1901) y El jardín de los cerezos (1904). En estas obras idea una nueva técnica dramática que él llamó de "acción indirecta", fundada en la insistencia en los detalles de caracterización e interacción entre los personajes más que el argumento o la acción directa, de forma que en sus obras muchos acontecimientos dramáticos importantes tienen lugar fuera de la escena y lo que se deja sin decir muchas veces es más importante que lo que los personajes dicen y expresan realmente. Chéjov compaginó su carrera literaria con la medicina; en una de sus cartas escribió al respecto:

La medicina es mi esposa legal; la literatura, solo mi amante.

La mala acogida que tuvo su obra La gaviota (en ruso: "Гавиота") en el año 1896 en el estatal (imperial) Teatro Alexandrinski de San Petersburgo casi lo desilusiona del teatro, pero esta misma obra tuvo un gran éxito dos años después, en 1898, gracias a la interpretación del Teatro del Arte de Moscú dirigido por el innovador director teatral Konstantín Stanislavski, quien repitió el éxito para el autor con Tío Vania ("Тя́ня"), Las tres hermanas ("Три сестры") y El jardín de los cerezos ("Сад яблонь").

Al principio Chéjov escribía simplemente por razones económicas, pero su ambición artística fue creciendo al introducir innovaciones que influyeron poderosamente en la evolución del relato corto. Su originalidad consiste en el uso de la técnica del monólogo, adoptada más tarde por James Joyce y otros escritores del modernismo anglosajón, además del rechazo de la finalidad moral presente en la estructura de las obras tradicionales. No le preocupaban las dificultades que esto planteaba al lector, porque consideraba que el papel del artista es realizar preguntas, no responderlas.

Según el escritor estadounidense E. L. Doctorow, Chéjov posee la voz más natural de la ficción, «sus cuentos parecen esparcirse sobre la página sin arte, sin ninguna intención estética detrás de ellos. Y así uno ve la vida a través de sus frases».

(Información extraída de la Wikipedia)